

*CUBA, UN QUISTE CANCEROSO EN EL COSTADO DE
LOS ESTADOS UNIDOS*

Antes de tener el polvo levantado por el primer intento serio hecho para acabar con el régimen fidelista cubano tiempo para posarse, ya se podía contemplar un panorama de ruinas y desolación capaces de dejar calcadas en las páginas de la historia de los Estados Unidos huellas de una permanencia tan indeleble como enojosa. Acaso por esto es tan inquietante la situación en que han quedado Cuba, los Estados Unidos y, en cierto modo, el resto del mundo también, después de una operación en la que tal vez no tuviesen participación directa más de 2.000 hombres. En el caso de que hubiesen llegado a tanto.

De no haber tenido más dimensiones que las que pudiesen haberle dado ese puñado de hombres, apenas hubiese sido más que un ensayo grotesco —a la vista de la potencia casi avasalladora de los Estados Unidos—hecho con miras a reanimar la política desarrollada en aquellos días del «big stick» o «the dollar diplomacy», los días de Theodore Roosevelt, de Woodrow Wilson o de Calvin Coolidge, que en lo tocante a la facilidad con que recurrían a los medios que la imaginación y el poder ponían a su alcance para el más fácil desarrollo por la región antillana de la política del «Manifest destiny» no eran irreconciliablemente dispares, cualesquiera que sus lealtades partidistas pudiesen ser. Los barcos de guerra y los «marines» estaban entonces siempre listos para dar cumplimiento a las órdenes de intervención por razones que muy difícilmente podrían tener como justificación definitiva la decisión suprema de una nación de seguir gozando de una existencia libre e independiente. Desde la amenaza de una nación europea de hacer efectiva alguna deuda que había pendiente por el mundo hispanoamericano—la causa inmediata de la declaración que pasó a la Historia con el nombre de Doctrina de Monroe—y que se vió desviada con relativa facilidad, nunca los Estados Unidos se han sentido realmente amenazados en lo que consideran ser la zona de su acción hegemónica.

Nunca, por lo menos del lado militar y a partir de aquel desembarco inglés, que dejó a la Casa Blanca envuelta en llamas. Por eso ha sido tan peculiar la influencia—y la tradición—que para su pleno ejercicio encontró un apoyo eficaz en los barcos de guerra y la Infantería de Marina, la influencia que hizo posible que en un himno militar se hablase de los «halls of Montezuma». Y por eso, quizá, tiene ahora tan honda significación y tan anchas dimensiones de inquietud el convencimiento, tal y como ha sido expresado editorialmente por el diario norteamericano de mayor peso, de que «la hegemonía de los Estados Unidos en el Hemisferio occidental se encuentra amenazada por vez primera en todo un siglo».

La ofensiva interrumpida tan prematuramente ha producido una sensación tal—unas veces de angustia, otras de consternación, a menudo incluso de esa desesperación que hace inevitable la repetición del ensayo, pero sólo después de haber adoptado todas las precauciones posibles en evitación de un nuevo fracaso—que no se le puede encontrar amplia justificación ni en el volumen, tan reducido, ni en las razones en que se apoyó, norteamericanas casi exclusivamente. Dentro y fuera de los Estados Unidos—dentro acaso mucho más que fuera—la impresión producida es tanto más sorprendente por tratarse de algo que se esperaba desde hacía bastante tiempo, por estar desarrollándose a la luz del día y por tener un carácter decisivamente unilateral. Los Estados Unidos habían llegado a la conclusión de que el régimen de Fidel Castro en Cuba era un quiste canceroso que se había ido formando en su mismo costado y que hacía necesaria una intervención radical y decidida, y sin mucha pérdida de tiempo.

Un fracaso sorprendente.

Una de las principales organizaciones de los exiliados cubanos—subían en total a no menos de 36—, el Frente Revolucionario Democrático del doctor Manuel Antonio Varona, se encontraba reclutando voluntarios para someterlos a un régimen de entrenamiento militar en algunos puntos de la Florida desde la primavera de 1960. Y desde un principio era un hecho sobradamente conocido que sus actividades, sus recursos, su dirección, todo, en una palabra, dependía casi exclusivamente de la C. I. A., la Central Intelligence Agency, un organismo central de información—militar y de otras clases—del Gobierno de los Estados Unidos. A medida que fueron pasando los días, el radio de acción de esta actividad se fué extendiendo, fueron aumentando los «reclutas» y se fueron creando nuevos centros de instrucción y preparación por los Estados de la Florida, Louisiana y Tejas.

dentro de las fronteras norteamericanas, y por Guatemala, la isla de Swan —Cisne—, a cierta distancia de las costas de Honduras, de soberanía norteamericana, las islas de Corn, en las afueras de Nicaragua, y en otros lugares. Fidel Castro ha hablado también de Puerto Rico, donde hay grandes establecimientos militares norteamericanos.

Unas actividades como esas no se podrían realizar en secreto, y menos todavía por su escala y ambiente. Cientos de cubanos, que con el tiempo se fueron convirtiendo en miles, estaban siendo reclutados, encuadrados e instruidos en el manejo de las armas de tierra, mar y aire norteamericanas y por especialistas y técnicos norteamericanos también. La posición de los Estados Unidos—de la C. I. A.—era tan abrumadoramente dominante que era lógico—y quizá natural también—que alcanzase, asimismo, al aspecto político de la cuestión. De la forma definitiva en que esto se llevó a cabo será necesario decir algo más adelante.

Lo extraño o lo inexplicable de la operación no está en la intervención norteamericana, apoyada en una larga sucesión de hechos muy parecidos y preparada durante tanto tiempo que debería ser más que suficiente no ya para ponerse a salvo contra toda posibilidad de fracaso, sino para encontrar motivos aplastantes de justificación. Lo extraño e inexplicable está precisamente en el fracaso sorprendente de la operación que tuvo como anticipo unas acciones de bombardeo que se han calificado de misteriosas más tarde, hacia las diez de la noche del día siguiente, el domingo 16 de abril, el extraño mensaje que los radioescuchas, con sus aparatos sintonizados hacia las ondas de emisión de los servicios de la Marina y la Aviación, empezaron a escuchar:

«¡Alerta, alerta! Mirad bien al arco iris. Los primeros se levantarán en seguida. Chico está en la casa. Visitadlo. El cielo es azul. Colocar la noticia en el árbol. El árbol es verde y pardo. Las cartas llegan bien. Las cartas son blancas. El pez no tardará mucho en alzarse. El pez es rojo. Mirad bien al arco iris...»

Unas horas después, en la madrugada del lunes, empezó el desembarco principal en la bahía de Cochinos, una profunda entrada del mar en la parte sur de Cuba, en la dilatada penetración hacia el oeste de la provincia de Las Villas, por debajo de la provincia de Matanzas. Es una vasta zona pantanosa, la Ciénaga de Zapata, que Fidel Castro conocía bien, pues la visitaba con frecuencia para soñar con los planes de transformarla en un inmenso arrozal y para pasar también por allí algunas horas dedicadas a la pesca.

Al mismo tiempo que se producía esta operación de desembarco, más adentro, por las proximidades de Jagüey Grande, se lanzaban grupos de paracaidistas, destinados no sólo a facilitar el desarrollo de la operación, al asegurar un campo de expansión de relativa profundidad, sino para establecer contacto con las unidades clandestinas que se tenía la seguridad que estarían esperando para dar un enorme impulso inicial a la operación cuyo primer objetivo sería alcanzar la carretera central, el ferrocarril que atraviesa Cuba en sentido longitudinal y, en definitiva, a cortar la isla en dos por una parte que además de ser relativamente angosta está peligrosamente cerca de La Habana, la capital. Acaso se hubiese pensado también en la posibilidad de que Castro estuviese por allí aquel fin de semana, con lo que no habría sido imposible hacerle prisionero.

Dos partes de guerra.

Dos días después, el miércoles por la noche, en La Habana se publicó un comunicado que decía:

«El ejército mercenario invasor que ocupó territorio cubano durante menos de setenta y dos horas ha quedado aplastado por completo.»

Al día siguiente, en Miami, se dió un comunicado, aparentemente del Consejo Nacional Revolucionario Cubano, que presidía el doctor José Miró Cardona, que podía considerarse como la confirmación del anterior. En él se decía:

«No esperábamos hacer caer a Castro inmediatamente o sin contratiempos... La lucha por la libertad de seis millones de cubanos continúa.»

A pesar de anunciarse que había sido alcanzado el objetivo principal, llevar refuerzos y abastecimientos a los guerrilleros que venían actuando por Sierra de Escambray, en la provincia de Las Villas, a no mucha distancia del lugar donde se había efectuado el desembarco principal, la operación apenas hubiera podido ser descrita de otra manera que como un fracaso completo.

Fué algo más que un fracaso, en realidad.

Hasta el momento de realizarse esa operación, la impresión general que se tenía dentro y fuera de Cuba podía conducir sin gran dificultad a la conclusión de que los días del fidelismo como fuerza gobernante estaban contados. La oposición en el interior iba en aumento constante, y la acción guerrillera tendía a extenderse a la mayor parte de las regiones montañosas de Cuba, por la provincia de Oriente, con Sierra Maestra y Sierra del

Cristal; por la provincia de Las Villas, en la citada Sierra de Escambray, donde habían sido ya necesarias operaciones de mucha amplitud y donde se había establecido un cerco a lo que todavía quedaba, tarea relativamente fácil por la configuración del terreno y por contar el fidelismo con un ejército de acaso 40.000 hombres o más y una fuerza de milicias cuatro veces mayor, por lo menos, con armamento moderno bueno y abundante, especialmente con miles de ametralladoras, docenas de tanques y centenares de piezas de artillería de calibres mediano y ligero. Quedaba todavía una tercera región accidentada, los Montes de Organos, en la provincia de Pinar del Río, donde también había habido acciones guerrilleras, aun cuando de menor importancia, por tratarse de una zona alargada y tan estrecha que apenas ofrece protección natural más que en momentos de mucha tensión generalizada y siempre que las acciones sean de muy corta duración.

Mucha mayor importancia, sin embargo, parecía tener la resistencia clandestina al fidelismo, en particular el Movimiento Revolucionario del Pueblo, dirigido por Manuel Ray, que había sido colaborador activo de Fidel Castro y ministro de Obras Públicas durante largos meses. Es muy probable que Ray hubiese dedicado una parte de su tiempo, por lo menos, a una paciente preparación de lo que se ha llegado a considerar como un movimiento clandestino dedicado especialmente al enrarecimiento de la atmósfera por medio de los atentados, los actos de sabotaje y las explosiones de bombas que empezaban a dar la sensación de que la situación en Cuba a principios del pasado abril de este año se parecía extraordinariamente a la que existía en aquel mismo mes de 1958, cuando una huelga general fué atajada de raíz, a pesar de lo cual dejó la impresión de estar llamada a triunfar en forma más eficaz por haber sido tan espectacular su fracaso. Los actos terroristas, que hasta entonces podían haberse considerado como hechos aislados y de no mucha trascendencia, fueron haciéndose más frecuentes, más eficaces y dando la sensación de estar mucho mejor organizados.

Una situación engañosa.

Se tenía la seguridad de que con poco habría más que suficiente para acabar con el régimen fidelista. Y lo que se decía sobre los preparativos que se venían haciendo en los Estados Unidos y en otros países en los cuales se habían establecido campos de concentración y entrenamiento del ejército cubano en el exilio apuntaba hacia algo sobradamente poderoso. Mucho

más quizá de lo indispensable para coordinar y dirigir hacia un desenlace victorioso todo aquel movimiento de oposición y resistencia que ya se había traducido en el incendio de muchos miles de toneladas de caña de azúcar, en destructores actos de sabotaje en los ingenios (fábricas de azúcar) y en atentados como el que convirtió en cenizas y escombros el mayor y más llamativo de todos los establecimientos comerciales cubanos, «El Encanto», con pérdidas materiales calculadas en 500 ó 600 millones de pesetas.

A medida que se iba desorganizando la vida, en parte por el estado de tensión creciente, en parte por las enormes dificultades que representaba el recibir de la Unión Soviética y otros países comunistas, situados a distancias de miles de kilómetros, lo que antes llegaba de los Estados Unidos, a un paso nada más de La Habana, podría decirse. En el período de la zafra, como se llama a las actividades de recolección de la caña de azúcar para ser molida y transformada en azúcar, melazas y otros productos derivados, era normal ya encontrarse con un paro muy elevado. Que aumentaba rápidamente apenas terminaban estas operaciones, las más importantes, con mucho, hasta ahora, del panorama económico cubano, hasta el punto de ser ya normal encontrarse con 700.000 personas en situación de paro forzoso, por lo menos más del 10 por 100 de la población total de la isla.

Con un ambiente así tenían—parecían tener—lógica los argumentos en que se apoyaba un movimiento de oposición al fidelismo, que estaba ya tan extendido que cualquier circunstancia favorable bastaría para transformarlo en la contrarrevolución victoriosa.

En cambio, se convirtió en algo que hizo preguntar editorialmente a *The Sunday Times*: «¿Quién hubiera pensado hace unos días antes nada más del desembarco en Cuba que la Administración de Kennedy, que desde la toma de posesión del Presidente había realizado tan vastamente la posición de los Estados Unidos en el mundo, fuese a perder tanto lustre y tan rápidamente?» O *The New York Times* a declarar con la mayor seriedad que «no puede darse la repetición de ese análisis de información sobre la situación cubana increíblemente ineficaz que precedió al fracaso» de la operación que hizo caer verticalmente el prestigio de la nación.

Ha habido algo más que «un error de cálculo inexcusable» que ha hecho que «en Cuba y a través de la América Latina el futuro tiemble en la balanza». Se ha dejado, en los comienzos de la Administración del joven Kennedy, a los Estados Unidos en una posición tan desairada que apenas si queda otra salida que el buscarle lo que sea, a la vez que una rectificación, una ratificación tan radical como decisiva. Y seguramente en la mis-

ma Cuba, con la cual, mientras no se produzca un cambio completo, no parece posible el acuerdo o la convivencia. Hay fracasos que resultan más insoportables cuanto más se piensa en ellos. Y sobre todo cuando la conducta del que se quería ver vencido se torna retadora y arrogante.

"El comunismo no es negociable"

Apenas habían pasado dos semanas, un período de tiempo demasiado corto para medir las consecuencias posibles de la catástrofe, cuando ya se insinuaba la posibilidad de un acercamiento cubano hacia los Estados Unidos. Era la segunda vez que se hacía algo concreto en este sentido. La primera fué durante el par de meses que mediaron entre la elección y la toma de posesión del Presidente Kennedy; la segunda, a poco de ser aplastado definitivamente el movimiento de invasión cuyo punto geográfico de partida habían sido posiciones en Guatemala y Nicaragua, con la emisora privada de propiedad norteamericana y al servicio de la C. I. A., de la isla de Swan como el medio principal de comunicaciones. Había amenazado Fidel Castro con el castigo ejemplar de los prisioneros, alrededor del millar, que eran casi todas las fuerzas desembarcadas que no perecieron en la empresa o no se fueron al fondo del mar, con las embarcaciones en que viajaban. Pero el momento de la victoria es a veces el momento de la generosidad, y Castro advirtió, además, que podía tener consecuencias peligrosas el movimiento de repulsa e indignación que se empezaba a desarrollar en torno de la campaña en favor de la clemencia para los prisioneros que el fidelismo calificaba de mercenarios y el Gobierno de los Estados Unidos de patriotas. Varios países hispanoamericanos habían hecho ya llamamientos a la clemencia para el vencido.

El 28 del pasado abril, el Presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, citó al Cuerpo Diplomático en La Habana para comunicarle el contenido de una nota firmada por él mismo y por Fidel Castro, jefe del Gobierno, y durante las recientes operaciones jefe también de las Fuerzas Armadas en el campo de batalla. Se acusaba en ella a los Estados Unidos de haber «organizado, equipado, dirigido y apoyado militarmente» el ataque rebelde contra Cuba, pero añadía que «los Estados Unidos se encuentran en la fase de los preparativos de guerra contra nuestro país», y tratan todavía de «llevar adelante el ataque». A pesar de esto, «de las amenazas de agresión y de bloqueo económico», insistía la nota, Cuba está dispuesta «a la celebración de cualquier clase de discusiones que pudieran ser necesarias para encontrar la solución para la tensión que existe entre los dos países y para

llegar a una fórmula de coexistencia pacífica, relaciones diplomáticas e incluso relaciones amistosas si el Gobierno de los Estados Unidos así lo desea».

Si esto no fuese posible, los cubanos están dispuestos, según esta nota, a «luchar, y lucharemos hasta derramar la última gota de sangre si fuésemos atacados».

Lo reacción norteamericana fué inmediata. El portavoz oficial del Departamento de Estado, Mr. Lincoln White, dijo después de aludir a una declaración reciente del Presidente Kennedy, en la que se advertía que el pueblo norteamericano no podía ver «con complacencia la presencia de tanques y aviones llegados de detrás del telón de acero a menos de 90 millas de nuestras costas».

«Hemos dicho repetidamente que el problema básico de Cuba es el comunismo en este Hemisferio. Las cuestiones comerciales y económicas pueden ser objeto de negociaciones, pero el comunismo en este Hemisferio no es negociable. Este es un problema multilateral, no un problema bilateral.»

Los Estados Unidos estaban tratando ya, son muchos los indicios que apuntaban en esa dirección, de crear un ambiente favorable para el desarrollo de una acción colectiva, multilateral, contra el fidelismo, en escala genuinamente interamericana. Antes de lograrlo sería conveniente, quizá indispensable, aclarar ciertas cuestiones fundamentales, directa o indirectamente relacionadas con el monumental fracaso de una operación que ha tenido como una de sus primeras consecuencias el consolidar el fidelismo en unas posiciones que ya se consideraban de mucha fragilidad. O que la situación por el lado cubano evolucionase en la forma en que lo estaba haciendo y que culminó en la declaración hecha por Fidel Castro el 1 de mayo para afirmar que Cuba es un Estado socialista, del cual quedan excluidas las elecciones definitivamente.

Prestigio quebrantado.

Desde el primer momento, apenas se tuvo conocimiento de lo sucedido en Cuba, los Estados Unidos se vieron convertidos en el blanco de un vigoroso y apasionado ataque cubano en la Comisión Política de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Por extraña y curiosa coincidencia se estaba entrando en el tema del orden del día relacionado con una anterior queja cubana sobre la supuesta ingerencia de los Estados Unidos en los asuntos internos de Cuba y cuyo gran argumento central era la organización de los exiliados cubanos en unidades de combate destinadas a empre-

der acciones contra el fidelismo. El ministro de Asuntos Exteriores cubano, doctor Raúl Roa, acusó directamente a los Estados Unidos de la organización, apoyo y dirección del ataque, misión de la que se había encargado la C. I. A., la Central Intelligence Agency, un vasto servicio del Gobierno norteamericano creado en 1947 para coordinar e interpretar los servicios informativos de diversos organismos y dar consejo al Presidente. La C. I. A., a la que ahora se llama irónicamente «Cuban Invasion Agency», adquirió tal desarrollo que actualmente se le construye un edificio en las afueras de Washington para agrupar lo que está esparcido por muchos puntos de la capital, con capacidad para no menos de 10.000 empleados. Se calcula que tendrá de 12.000 a 18.000 agentes en los Estados Unidos y el extranjero, y que su presupuesto, secreto como todo lo demás, no bajará de los 1.000 millones de dólares anuales.

Soslayaron los Estados Unidos, no sin dificultad, el ataque cubano en las Naciones Unidas, una de cuyas manifestaciones más violentas fué el tono agresivo e insultante con que el doctor Roa llamó la «Gestapo» norteamericana a esta organización oficial de los Estados Unidos. La queja cubana fué desviada hacia la Organización de Estados Americanos por una decisión de 61 votos contra 27 y 10 abstenciones. Pero lo abultado de la victoria apenas ha podido dejar a cubierto los flancos de la acción norteamericana, que había tenido un tropiezo terrible en la región de la bahía de Cochinos, por el sur de Cuba. La resolución fué apadrinada con entusiasmo no siempre notorio por la Argentina, Chile, Colombia, Honduras, Panamá, el Uruguay y Venezuela, pero la reacción resultante de los desembarcos en Cuba tuvieron como consecuencia dos retiradas de primer orden, Méjico y el Brasil, y la presentación, es más, de una resolución mejicana cuya aprobación hubiera acentuado más el golpe que estaba ya sufriendo el prestigio de los Estados Unidos. La Comisión Política de la Asamblea General había dado su aprobación a la resolución mejicana, que pedía a la Asamblea General que hiciese un llamamiento a todos los Estados para «asegurar que sus territorios y recursos no fuesen usados para fomentar la guerra civil en Cuba». Los Estados Unidos vieron inmediatamente en ella un ataque directo a su posición en relación con el problema cubano y se opusieron tenazmente a su discusión. Esta decidida oposición norteamericana hizo posible un prolongado debate sobre el procedimiento a seguir, por tenerse el convencimiento de que la propuesta mejicana tendría, si se discutiese y sometiese a votación en primer término, el apoyo de la mayoría de los países. Era necesario dar prioridad a la anterior, presentada más tarde, la que fué aprobada, con lo que la propuesta mejicana—y la comu-

nista, cuya derrota se daba por descontada—quedaba automáticamente descartada.

Pero no así el ambiente de recelo y oposición que creó por todas partes una atmósfera incómoda, consecuencia del efecto producido por la conducta que los Estados Unidos habían seguido en todo este vidrioso asunto.

"Una agresión abierta".

El quebranto sufrido por los Estados Unidos se dejaba sentir de una manera especial en esa porción del mundo, la neutralista, que John Foster Dulles había despreciado durante todos los años que estuvo al frente del Departamento de Estado y que el Presidente Kennedy—y su secretario de Estado, Dean Rusk—ha hecho demostraciones repetidas de tener mucho empeño en cultivar e incluso halagar. «En mi opinión—declaró el Pandit Nehru—ha habido una invasión de Cuba. No se me alcanza a ver cómo se podría hacer sin la organización, el aliento y la ayuda de las autoridades—públicas o privadas—de los Estados Unidos.»

La actitud de *The Guardian*, considerado como uno de los grandes órganos del liberalismo, con una influencia enorme dentro y fuera de Inglaterra, era inconfundible.

«Todo el mundo sabe que esa clase de invasión—proclama este diario, aludiendo de una manera específica a las operaciones de desembarco en Cuba—, hecha por medio de personas interpuestas, no se diferencia en nada, desde el punto de vista moral, de una agresión abierta.»

Si esta actitud no era tan resuelta como la del Presidente Quadros, hecha en nombre de un país que por su superficie es la cuarta potencia del mundo—«El Brasil no permitirá que Cuba sea víctima de una agresión y defenderá por todos los medios los derechos sagrados del pueblo cubano a la autodeterminación»—, podía con razón ser considerada como el peor tropiezo para el prestigio y la posición moral de los Estados Unidos en todos los años de la posguerra.

Los Estados Unidos, el Presidente Kennedy en su nombre, estaban haciendo unos esfuerzos desesperados por recuperar, aunque sólo fuese en parte, el prestigio perdido. Sin ello, la situación podía acabar siendo comprometida. Pero ¿de qué serviría la recuperación problemática del prestigio perdido si a cambio de ello habrían de perderse definitivamente las posiciones—¿podrían llamarse imperialistas?—que los Estados Unidos venían manteniendo y desarrollando en Cuba desde hacía largo tiempo y dejando, es más, la impresión de que la causa fundamental de ello habrá sido la

actitud, increíblemente retadora, de la Unión Soviética? Un día, los Estados Unidos, por boca de su Presidente y de su secretario de Estado, prometían solemnemente que no habría intervención militar de los Estados Unidos en Cuba, no importa cuáles fuesen las circunstancias. Poco más tarde, el propio presidente Kennedy proclamaba, después de reiteradas manifestaciones de simpatía del pueblo norteamericano por los patriotas cubanos que luchaban, decía, contra la tiranía del fidelismo, el irrenunciable deber de combatir el comunismo y defender la libertad y la democracia. «Cuba no es una isla que se pueda encerrar en sí misma», dijo, para añadir en seguida que lo que acababa de suceder «no es el episodio final en la lucha eterna contra la tiranía, en parte cualquiera de la faz del globo, incluida la misma Cuba». El presidente Kennedy advirtió muy seriamente a Kruschev, a la Unión Soviética, al comunismo, que los Estados Unidos se hallaban dispuestos, aun en el caso de que los restantes países americanos no tuviesen la intención de defenderse contra un grave peligro común, la expansión del comunismo hacia esa parte del mundo, a cumplir con las obligaciones contraídas en el momento de ser proclamada la Doctrina de Monroe.

La situación se encontraba bajo la influencia de factores de rápida evolución. En un discurso merecidamente elogiado, por ser algo parecido, se dijo, a la ya famosa declaración hecha con motivo de la toma de posesión de la presidencia. Mr. Kennedy declaró:

«Estoy absolutamente decidido en cuanto a la supervivencia y el éxito de nuestro sistema, cualquiera que sea el costo y cualquiera que sea el peligro.»

Bastaron muy pocos días para pasar de aquella promesa de no intervención militar directa—«Quiero decir que no habrá, cualesquiera que sean las condiciones..., una intervención en Cuba de las fuerzas armadas de los Estados Unidos»—a la insinuación por lo menos de que la intervención podría ser necesaria y quizá pronto, aun cuando no hubiese de ser necesariamente directa. Podría asumir la forma de un bloqueo económico, naval y aéreo, por ejemplo. Se avanzaba, sin duda, hacia posiciones ineluctables, de una y otra parte.

Un contraste violento.

No sólo evolucionaba rápidamente la situación en torno a Cuba, sino dentro de Cuba misma, donde se estaba procediendo al fusilamiento de dos norteamericanos, existía la amenaza grave de que la misma suerte podría correr la mayoría de un millar largo de detenidos en las operaciones de

destrucción rápida de los elementos desembarcados, y había algo más que indicios de que había quedado desarticulado casi todo el movimiento de resistencia clandestina. El desfile monstruo del primero de mayo en La Habana, con Fidel Castro en cabeza, daba una idea del volumen que había tenido la victoria fidelista, en contraste dramático con la atmósfera de total derrota y desaliento que prevalecía entre los exiliados cubanos, cuyo «ejército» parecía estar disolviéndose con la facilidad del azucarillo metido en agua caliente y cuyo Consejo Nacional Revolucionario se estaba destrozando literalmente con los análisis y discusiones sobre la causa y razón de lo que había sucedido. Las consecuencias para los enemigos del fidelismo eran dolorosas; las consecuencias para los Estados Unidos, una de las mayores potencias que el mundo había conocido, podían tener las dimensiones de una tragedia.

Algo quería decir esa solemne advertencia de Mr. Kennedy. Más quería decir la conclusión a que había llegado «The Times», de Londres, en un extraordinario artículo de fondo: «Una Administración—terminaba diciendo—que está agudamente consciente de la impresión que los Estados Unidos han venido ofreciendo al mundo debe darse cuenta de que ante muchos ojos los buenos principios parecen, cuando son aplicados a casos particulares, haber sido traducidos a la práctica en forma un poco diferente.»

En definitiva era lo que sirvió de comentario a «The New York Times», que, como una mayoría abrumadora de los órganos de opinión escrita de los Estados Unidos, ha criticado mucho más que elogiado la conducta de su país en relación con este episodio de su historia, al argumentar de esta manera:

«Si los rusos, por ejemplo, fuesen a establecer bases de proyectiles o a irse acercando con un grado peligroso de apoyo militar; si hubiese ya norteamericanos muertos y las restantes vidas norteamericanas (en Cuba) se viesen en grave peligro; si el «premier» Castro fuese a lanzar contra la bahía de Guantánamo o a montar invasiones militares contra sus vecinos del Caribe, en casos así, los Estados Unidos tendrían, por supuesto, que intervenir directamente y es de suponer que otro tanto harían los demás miembros de la Organización de Estados Americanos.

»E no darse tales acontecimientos, claramente peligrosos, aunque improbables, los Estados Unidos no deberían intervenir. ¿Por qué no? Las graves consecuencias políticas; el golpe a los principios y normas morales que animan nuestra vida y que son una fuente de fortaleza en la guerra fría; el hecho de que una intervención armada sin la más clara provocación reduciría nuestra posición a una pugna bruta en la política del poder; la pér-

dida innecesaria de aliados; las peligrosas complicaciones internacionales, todas estas cosas son el resultado que iría saliendo de semejante intervención armada de los Estados Unidos en Cuba.»

"Humillados y frustrados".

Es incómoda, sin duda, la postura en que se encuentran los Estados Unidos desde esa desventurada intervención—¿se la podría calificar con propiedad de alguna otra manera?—en Cuba. El corresponsal de «The Sunday Times» de Londres en Washington habló de una «Administración castigada», con tendencia a examinar su propia posición en actitud crítica y, mucho peor todavía, de una nación que «se siente humillada y frustrada», hasta el punto de que una encuesta llevaría al instante a la conclusión de que una gran mayoría de la opinión «sancionaría los desembarcos inmediatos de la Infantería de Marina de los Estados Unidos en Cuba, para corregir esa situación».

Era una situación evidentemente mala. Pero, siempre se podría preguntar, ¿de quién era la culpa de ello?

Sólo después de una serie poco menos que interminable de errores de todas clases, de cálculo, de procedimiento, de conducta y de tiempo, a pesar de disponerse de todo el tiempo que hubiera parecido necesario para meditar bien en lo que se iba a realizar y que se estaba preparando, en forma activa desde hacía un año, por lo menos. El proceso estaba muy adelantado mucho antes de llegar el presidente Kennedy a la Casa Blanca, para encontrarse encima de la mesa de su despacho, según Stewart Alsop, uno de los más populares de los comentaristas políticos de los Estados Unidos, con el «dossier» que había ido preparando la Administración Eisenhower y que venía a desembocar en la necesidad de eliminar el régimen fidelista. Mr. Alsop habla de «The Castro must go paper», de un documento en el que se establece categóricamente que «Castro tiene que irse».

Para alcanzar este objetivo era indispensable contar con una fuerza integrada por cubanos reclutados entre los exiliados, de edad militar, de unos ocho mil hombres en total. La operación se realizaría con la necesaria protección naval y aérea de los Estados Unidos. Para los días en que Mr. Kennedy era ya presidente electo de los Estados Unidos se había llegado al convencimiento de que todo estaba a punto, aun cuando los ocho mil hombres de que se habló en un principio como indispensables se habían quedado en unos cinco mil. En el seno del Gobierno de los Estados Unidos había, por lo menos, en los departamentos más directamente afectados por el problema

cubano—el Pentágono, al que para este caso al menos podría sumarse la C. I. A., encargada de una manera directa y casi exclusiva de los preparativos y dirección del proyecto, y el Departamento de Estado—, dos tendencias claramente definidas. Una, la de los «activistas», partidarios de una intervención resuelta y enérgica, se apoyaba en argumentos que, en síntesis, sostenían:

El desarrollo de los acontecimientos en Cuba es una demostración de que este país se ha convertido en una amenaza para todos los Gobiernos no comunistas de la región. No deja de llegar armamento procedente del mundo comunista—últimamente se hablaba de doscientos pilotos que estaban siendo preparados en Checoslovaquia, para el mando de los aviones «Mig» que ya estaban, al menos en parte, en Cuba, aun cuando no todavía desembalados—, y esto no sólo aumentaría la amenaza del régimen cubano más allá de las costas nacionales, sino el peligro creciente de la disminución de la resistencia en el interior. Urgía, pues, una «Guatemala solution», una solución como la de Guatemala, en 1954, cuando el régimen de Jacobo Arbenz había también sido derribado por intervención de la C. I. A.

Frente a esta posición se encontraba la de un sector, con mucha influencia en el Departamento de Estado, apoyada fuertemente en argumentos de esta o parecida naturaleza:

Toda la acumulación posible de potencia militar comunista en Cuba nunca podría convertirse en un peligro real para la potencia militar y la posición estratégica de los Estados Unidos. (Esta actitud fué defendida públicamente, después de la fracasada operación de desembarco, por James Reston, en «The New York Times», al decir: «Cuba no es hoy un peligro para los Estados Unidos. Incluso de haberse conseguido y en el caso de que se consigan los 150 aviones de caza comunistas «Mig» y los pilotos cubanos que ahora se entrenan en Checoslovaquia—el temor a lo cual jugó un papel tan importante en la decisión de lanzar la aventura de esta semana—, esto no representa una amenaza seria para los Estados Unidos.) Los demás países hispanoamericanos preferirían la adopción de una política norteamericana de comercio y ayuda más generosa que lo que se ha hecho hasta ahora, y no la vuelta a una experiencia como la de Guatemala, que ha dejado un profundo mal sabor de boca. Es más, los compromisos contraídos directamente por los Estados Unidos prohíben toda intervención, incluso «indirecta», en los asuntos internos de otro u otros países americanos. Por lo tanto, cualquier acción de la naturaleza de lo propuesto por los «activistas» actuaría directamente en contra de lo que se ha venido presentando como la tradicional política norteamericana de apoyo a los tratados y los compromi-

sos internacionales, en clara contradicción precisamente con la política soviética de actuar unilateralmente y en violación incluso de los compromisos contraídos. Finalmente, Castro y el fidelismo se encuentran en una situación crítica que sólo puede empeorar con el paso del tiempo, por lo que bastaría con una actitud como la adoptada por los Estados Unidos, sin necesidad de llegar a una «invasión» espectacular, para que la caída del fidelismo fuese inevitable.

Margen para colgarse.

Frente a la actitud del Pentágono y la C. I. A. estaba, pues, un importante sector del Departamento de Estado—que se creyó capaz de ejercer una influencia dominante sobre Kennedy, representado por el propio secretario, Dean Rusk, y por el subsecretario, Chester Bowles—partidario decidido de la política de «darle a Castro toda la cuerda que pudiese necesitar, para colgarse con ella».

Según Alsop, los planes de la C. I. A. habían quedado terminados el otoño pasado, y si no se pusieron entonces en marcha fué por haberse interpuesto la decisión, adoptada a última hora, del general Eisenhower, todavía presidente. Alsop afirma que lo hizo después de haber consultado con el entonces presidente electo, Mr. Kennedy.

Después de la toma de posesión, el presidente Kennedy pareció seguir una política más o menos similar a la que, en relación con Cuba, se venía desarrollando desde hacía bastantes meses. Según James Reston, en una crónica aparecida en «The New York Times», contaba con el apoyo, en más de un caso resuelto, de algunos de sus principales consejeros en la Casa Blanca, al frente de los cuales coloca a McGeorge Bundy, ex decano de la Universidad de Harvard; Walt Whitman Rostow, del Instituto de Tecnología de Massachusetts, y el profesor Arthur Schlesinger, Jr., historiador, también de la Universidad de Harvard. Por curiosa coincidencia, este grupo de vigorosos intelectuales, de esos «eggheads» que fueron objeto de generales y a veces hirientes comentarios despreciativos en los días de la primera campaña presidencial de Mr. Adlai Stevenson, en 1952, se encontró con que la dirección del «proyecto cubano» de la C. I. A. corría a cargo de una de las más altas figuras de esta organización de espionaje, Richard M. Bissel, Jr., que procedía del Instituto de Tecnología de Massachusetts y estaba clasificado también como «egghead», es decir, intelectual. De él directamente, se asegura, salió la conclusión, que tanta influencia parece haber tenido en el desarrollo posterior de los acontecimientos, de que

apenas se iniciase una operación de desembarco, en el interior de Cuba se produciría un levantamiento general de la oposición, con la defección de grandes núcleos de las fuerzas armadas, cuyas consecuencias apenas podrían ser otras que asegurar la caída fulminante de Fidel Castro.

Durante la fase de los preparativos y de una manera más acentuada a medida que aumentaba la importancia de las fuerzas expedicionarias de exiliados cubanos, aumentaba la presión destinada a conseguir la formación de un frente común de oposición al fidelismo. La C. I. A. venía demostrando, sin embargo, y desde un principio, preferencia casi absoluta por el Frente Revolucionario Democrático del doctor Manuel Antonio Varona, llamado familiarmente «Tony», un político cubano que se había distinguido en la oposición a Batista, que jugó un papel de la mayor importancia en la organización de la lucha contra el régimen de Batista, al frente de un movimiento en el que pareció estar incorporado el propio Fidel Castro durante largo tiempo, y que pronto acabó encontrando intolerable la política del fidelismo. Uno de los más hondos motivos de discrepancia de Varona con Castro es precisamente la reforma agraria, que le parecía no sólo confiscatoria y desastrosa, sino algo tan innecesario como injustificado.

Mucho más importante desde el punto de vista numérico parecía ser el Movimiento Revolucionario del Pueblo, de Manuel Ray, con mucha extensión en la isla y una organización clandestina de cuya actuación se ha dicho que tenía como demostración inconfundible la serie creciente de atentados, actos de sabotaje, defecciones y una hostilidad hacia el fidelismo que se traducía en protestas y alguna vez hasta en manifestaciones. Pero este movimiento no contaba con las simpatías de los dirigentes de la C. I. A., sumamente recelosos de la consigna de Ray sobre un régimen «fidelista sin Fidel» para Cuba. Se ha dicho que a medida que ganaba importancia el movimiento de organización militar de los exiliados cubanos en el extranjero se iba reduciendo, hasta hacerlo desaparecer prácticamente, el apoyo que el M. R. F. de Ray recibía de los Estados Unidos. Esta fué, al parecer, la razón principal de su huida. Y, según se ha insistido mucho, la gradual paralización de un movimiento altamente organizado y que pudiera estar llamado a jugar un papel decisivo en el desarrollo de cualquier operación contra el fidelismo de carácter militar. Se ha llegado, es más, a decir que en el momento del desembarco ni siquiera se pensó en la conveniencia de tener al M. R. P. preparado y sobre aviso.

En cualquier caso, la C. I. A. ejerció una presión decidida para agrupar a los exiliados cubanos en un movimiento unificado y centralizado. Algunas

de las negociaciones corrieron a cargo del doctor José Miró Cardona, que había sido el primer jefe del Gobierno que se formó a la caída del régimen de Batista y más tarde, al dimitir por no estar de acuerdo con muchas de las cosas que ya se estaban haciendo, fué nombrado embajador de Cuba en Madrid y, finalmente, en los Estados Unidos, cargo que no llegó a desempeñar. Miró Cardona es un abogado de gran prestigio en Cuba y sus dotes de negociador han tenido ocasión de manifestarse más de una vez. Pero no gozaba de las simpatías ni del doctor Varona ni de Ray. Quizá estuviese aquí la razón suprema que le llevó a ser designado presidente del Consejo Nacional Revolucionario cubano, una especie de Gobierno en el exilio, formado en vísperas ya de la operación de desembarco. Se había llegado a la unidad entre los enemigos del fidelismo, aunque sólo fuese en apariencia. En primer lugar, porque al margen se había dejado a un sector muy importante, con mucho poder—al menos económico—y con mucha experiencia, el de Batista, cuya figura más relevante en los Estados Unidos era el ex senador Rolando Masferrer, contra quien el Gobierno de los Estados Unidos ordenó que se procediese judicialmente. En segundo lugar, porque todo el peso de la C. I. A. se inclinaba resueltamente de uno de los lados de ese Consejo Revolucionario, el que representaba el doctor Varona.

Detenidos e incomunicados.

De hecho, toda la dirección, tanto política como militar, del movimiento de oposición al fidelismo era de la C. I. A., uno de cuyos medios principales de comunicación con el ambiente cubano era la estación de radio de la isla del Cisne, de cuyo funcionamiento ya se había hecho cargo. Por allí se iba difundiendo lo que se quería que fuese un programa de acción que diese una popularidad avasalladora a las operaciones que no podían contar—la oposición del presidente Kennedy llegó a ser absoluta—con la esperada protección aérea y naval de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. El movimiento de Ray trató de valerse de esta emisora para hacer también su propia propaganda, pero sólo se le concedió, al fin, un tiempo excesivamente limitado y además con la condición de que todas sus emisiones estuviesen controladas directamente por un agente de la C. I. A.

En lo militar, el jefe de la operación sería el capitán Manuel Artime, un joven de 29 años, ex compañero de Fidel Castro, de quien se dice que fué el único miembro del Consejo Revolucionario cubano que, en los momentos en que estaba a punto de iniciarse la operación, aprobó con entu-

siasmo la decisión que según el semanario norteamericano «Newsweek» fué el resultado de unas conferencias celebradas en la misma Casa Blanca. La decisión memorable salió de la reunión descrita de esta manera:

«Reunidos en torno a la mesa oval y altamente pulimentada se encuentran el presidente, el director de la C. I. A., Allen W. Dulles; su ayudante, el general C. P. Cabell; el subdirector encargado de planos de la C. I. A., Richard Bissell; el secretario de Defensa, Robert McNamara; el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, general Lyman L. Lemnitzer; el jefe de Operaciones Navales, almirante Arleigh Burke; el director general del Departamento de Estado, Thomas C. Mann; el jefe de la organización especial para Hispanoamérica del Gobierno, Adolf Berle; el ayudante especial del presidente para asuntos de seguridad nacional, McGregor Bundy.

»Esta es la décima vez en diez semanas que estas mismas personalidades se han reunido para considerar el plan cubano. Ahora, en esta última reunión dramática, el presidente hizo a cada uno de los asistentes, por turno, una pregunta crítica. No hubo una sola expresión de oposición.

»El argumento decisivo, expuesto por Bissell, el norteamericano a cuyo cargo estaba «el caso cubano», sostenía que los rebeldes cubanos habían alcanzado la cúspide del entrenamiento y la decisión. O se les permitía hacer el desembarco inmediatamente, declaró Bissell, o habían de regresar a los Estados Unidos (procedentes de los centros de concentración en diversos puntos) para ser desarmados.»

La decisión ya se sabe cuál fué.

Una preparación misteriosa.

Una contemplación retrospectiva del panorama que se esperaba convertir en el escenario de un memorable—aunque oportunista—episodio en las relaciones de los Estados Unidos con Cuba y, en realidad, con toda Hispanoamérica, llevó al influyente y leído semanario norteamericano «Time» a decir: La derrota sufrida por las fuerzas cubanas de desembarco «fué, como todo el mundo se percató a punto, una tragedia no sólo para los exiliados cubanos. Fué también «la debacle» para los Estados Unidos. A través de los servicios de la Central Intelligence Agency y el Pentágono, los Estados Unidos habían hecho todo lo posible por asegurar su éxito, salvo en lo concerniente a darle protección aérea o el envío de la Infantería de Marina. Los invasores—todos cubanos—fueron entrenados por los Estados Unidos, abastecidos por los Estados Unidos y despachados por los Estados

Unidos para el desarrollo de un plan redactado por los peritos militares de los Estados Unidos. El presidente Kennedy conocía el «Día D» por anticipado y lo había aprobado».

Esto da un sentido especial—y nada favorable—a las informaciones sobre la decisión de anunciar al presidente Kennedy, a una hora intempestiva, que se había producido una acción de desembarco, en vasta escala, como se dijo al principio, por el sur de Cuba. Y a muchas cosas más. A cosas como aquel bombardeo de diversos puntos de Cuba, en particular las afueras de La Habana y sus inmediaciones, que posiblemente tuviese por finalidad básica la destrucción de los aviones «Mig», que se decía estaban siendo montados y preparados para el combate, porque se sabía o se sospechaba ya que Castro estaba al tanto de todo, incluso de ese «Día D» que conocía el presidente Kennedy, no por la mucha publicidad que se había dado a casi todo lo que hacían los exiliados cubanos, sino por tener abundancia de agentes propios entre sus filas y en todos los puntos realmente críticos. Castro tenía motivos para estar preparado y quizá incluso para encontrarse cerca del punto donde se produjo la operación principal, por la Ciénaga de Zapata, donde tenía su «refugio» para pasar algunos días dedicados a la pesca o a recorrer una vasta región de la cual se le imaginaba que podría sacar mucho de lo que necesitaba Cuba para su alimentación.

Pero quizá Castro no supiese nada de la operación de bombardeo y menos todavía de las consecuencias, que lo mismo podían ser de advertencia que de ridículo o desprestigio.

Varios aviones, que se dijo eran cubanos, pilotados por cubanos, volaron sobre algunos aeródromos haciendo daños de consideración y causando alguna baja también. Los pilotos habían decidido huir y antes de hacerlo atacaron las bases aéreas cubanas donde se suponía que era mayor la actividad. Uno de estos aviones, tocado, tomó tierra en las proximidades de Miami. El piloto fué objeto de protección inmediata—medida que se adoptó con alguno más—, hasta el punto de concederle asilo político sin dar a conocer su nombre, como se había hecho siempre. En Cuba se aseguraba que no se habían producido desertiones de esa clase y el semanario «Time» habló, poco después, de lo que calificó como una historia fantástica que se ajustaba a la mejor tradición del espionaje misterioso, a una operación destinada a dar crédito a los relatos sobre los aviadores cubanos desertores, para lo cual «se habían hecho algunos disparos con balas de calibre 0,30 contra un viejo avión cubano B-26». Para añadir que el piloto se había dirigido a Miami, es de suponer que después de haberse elevado en algún otro aeródromo de los Estados Unidos, no lejos de allí, con objeto de con-

dar un cuento fabuloso sobre el ataque a los aeródromos cubanos. «Un periodista—añade «Time»—advirtió la presencia de polvo y grasa endurecido y sin asomos de turbación alguna en el mecanismo de los depósitos de bombas, las conexiones eléctricas con el sistema de lanzar cohetes estaban corroídas, las ametralladoras estaban sin preparar y sin disparar. Los aviones que realizaron la operación no fueron vistos en parte alguna.»

Detenidos e incomunicados.

Todavía faltaba algo, sin embargo: la decisión de las autoridades que en representación de la C. I. A. mantenían contacto con la dirección de los exiliados cubanos de aislar lo más radicalmente posible al Consejo Revolucionario de lo que estaba a punto de iniciarse. Los miembros del Consejo Revolucionario, que seguían en Nueva York, lejos de la gran mayoría de los exiliados cubanos, en la región de Miami, más para ocultar sus propias disensiones internas, quizá, que para estar a cubierto de las disensiones que alteraban la paz entre la gran masa de exiliados, fueron llamados para que se dirigiesen a Filadelfia. Una vez allí se les llevó a un avión que los condujo, con José Miró Cardona, Manuel Antonio Varona, Manuel Ray y otros más, a la cabeza, a las afueras de Miami, donde ocuparon una casa solitaria y de apariencia nada acogedora. Se les permitió tomar posesión de la casa y se les rogó que se acomodasen en ella, para pasar algún tiempo en la forma más agradable posible. Había algunas cosas que no se podrían hacer bajo ningún pretexto, como obtener comunicación con el exterior, que no sería fácil, por otra parte. No había teléfono a la vista y la casa estaba bajo la vigilancia de una guardia militar armada. Aquellos hombres no podrían salir de la casa mientras no tuviesen autorización expresa para hacerlo. A su alcance tenían, sin embargo, un receptor de radio.

Pasado algún tiempo, por ese receptor de radio fueron escuchando cosas que para alguno de aquellos dirigentes cubanos apenas podían proceder del mundo de las cosas reales. Como un comunicado en el que se daba cuenta del comienzo de las operaciones de desembarco que ya esperaban, sin duda, pero en el que aparecía como firmante el propio doctor Miró Cardona.

Al cabo de horas en ese incómodo estado de incomunicación, alguno de estos personajes cubanos empezó a dar grandes voces, a tiempo que se disponía a salir a a calle, aunque lo fusilasen, porque incluso el «fusi-

lamiento era preferible». Salieron todos, en fin, a la calle, y poco después estaban en comunicación telefónica con Washington, con Mr. Berle, precisamente. Mr. Berle habló al instante con Schlessinger, otro consejero presidencial, y ambos partieron, en avión, hacia Miami. Allí hicieron todo lo posible por apaciguar a los excitados miembros del Consejo Revolucionario cubano que, en un ambiente tan extraño, se había ido enterando de algo de lo sucedido en Cuba, y antes del amanecer del miércoles, cuando ya todo el mundo tenía el convencimiento de que el fracaso de la operación había sido completo, se encontraban en Washington. Fueron recibidos por el presidente Kennedy, quien celebró en total, en aquellos días, tres conferencias secretas con el doctor Miró Cardona y sus colaboradores inmediatos.

Había concluido, y en condiciones deplorables, un episodio en el que habían tenido una intervención directa—y muy triste—unos cientos, acaso unos dos mil cubanos. En su honor se quiso cantar, como lo había hecho James Russell Lowell, el traductor al inglés de las «Coplas de Jorge Manrique», al cantar en honor de otros «combatientes de la libertad», de los estudiantes de la Universidad de Harvard—la universidad del presidente Kennedy y de tan ilustre poeta—que habían dado la vida en la guerra de secesión de los Estados Unidos. En su honor había compuesto una oda en la que se habla de los que han dado todo lo mejor que tenían por la verdad que tanto amaban, de los que han buscado la verdad entre el polvo de los libros, de los muchos que en pos de ella han marchado, animados sólo por la fe. «Pero éstos», dijo, aludiendo a esos estudiantes de Harvard, «tan intensamente la amaban que murieron por ella».

También murieron esos cubanos, la flor del un día llamado «Ejército de liberación», en cuya preparación se habían invertido largos meses y gastado millones de dólares, pero ¿en forma que llevase a pensar, como se quería hacer en los Estados Unidos, en el poema de James Russell Lowell?

JAIME MENENDEZ.

